

como un camino que disciplina el pensamiento práctico del guionista para lograr mejores resultados.

La relación entre el sujeto dramático y la realidad en que se ubica determinan la acción; al fijarse el cómo del desarrollo de la acción aparece el ritmo cinematográfico. Establecer el sujeto dramático implica un conocimiento de lo social sistematizado, ampliamente relacionado con la concepción del ritmo de la transformación; lo transformado no importa para el arte: realidad (sociología) y representación (arte) coinciden en el vértice del pensamiento práctico mediante imágenes y palabra escrita.

El autor retoma así el principio aristotélico de la materialidad de la imagen que sería desarrollado por la primera generación del cine soviético.

Mucho de lo que Kosík (ontogénesis) y Lefebvre (fiesta) han estudiado en la teoría requiere de explicitaciones prácticas sobre lo que se puede producir en términos de trabajo de autoconformación cultural. Hacia ahí apunta el libro de Goded.

Gerardo Fulgueira

HABERMAS, JÜRGEN. *La Science et la Technique Comme "Ideologie"*, París, Ed. Gallimard, 1973.

La interrelación entre ciencia, técnica e ideología en la moderna sociedad capitalista ha generado un sinnúmero de opiniones, polémicas y teorías que, en muchos casos, lejos de esclarecer y precisar esta interrelación, han dado lugar a múltiples confusiones. Existen, sin embargo, algunos trabajos que constituyen aportes fundamentales al esclarecimiento de esta problemática y que, por lo mismo, ameritan ser traducidos y difundidos en lengua española. Uno de ellos es el trabajo del que nos ocupamos a continuación.

Dado que, según Jürgen Habermas, el carácter ideológico de la ciencia y de la técnica se halla encubierto por un sistema de representaciones que tienen su origen y fundamento en el positivismo y en el tecnicismo, es preciso efectuar, de partida, una doble crítica a éstos. En primer término, el blanco de la crítica es el positivismo, entendido como una manera de hipostasiar la ciencia, como el equivalente a una nueva fe que pretende dar respuesta a todo, que eleva "los estrictos cánones metodológicos de las ciencias exactas al rango de exigencias, exclusivas de cualquier otro tipo de conocimiento" (pp. 35-6, Introducción). Y en segundo término el objeto de la crítica es el tecnicismo, que hace funcionar el saber científico y más aún la técnica (aplicación del saber científico) como ideología, de los que esperan soluciones a la totalidad de problemas que se nos plantean.

En los cinco ensayos que componen este libro, Habermas, heredero de la escuela sociológica de Francfort (Horkheimer, Adorno, Marcuse), crítica y desarrolla algunas de las proposiciones teóricas contenidas en *Dialéctica del iluminismo* de Max Horkheimer y Th. W. Adorno (Buenos Aires, Ed. Sur, 1971), a la vez que critica y profundiza las tesis desarrolladas por Marcuse en *Industrialisierung und Kapitalismus im Werk*

*Max Weber, Trieblehre und Freiheit* y en *El hombre unidimensional*.

El punto de partida del trabajo de Habermas es la crítica del concepto, de racionalidad de Max Weber. Para éste, según Habermas, la racionalidad es la forma capitalista de la actividad económica, es la forma burguesa de los cambios al nivel del derecho privado y es también la forma burocrática de la dominación. En la crítica de Marcuse lo que Weber llamaba *racionalización* no es igual a *racionalidad*, sino a una forma de dominación política inconfesada que se efectúa en nombre de la racionalidad; es una manipulación técnica, es la racionalización de las condiciones de existencia, es sinónimo de institucionalización de una dominación que ya no es reconocida como dominación política. Sin embargo, afirma Marcuse, "la Razón técnica de un sistema fundado en la actividad racional con relación a un fin no pierde, por tanto, su contenido político" (p. 5). De aquí que Marcuse proponga lo que Habermas llama un correctivo en el interior del sistema: cambiar el contenido político de la ciencia; es decir, formular una "Ciencia nueva en relación con la Promesa de una 'resurrección de la naturaleza privada de la gracia'" (p. 11).

La proposición de Marcuse, dice Habermas, constituye una manera de renunciar a la técnica, en provecho de otra técnica, cualitativamente diferente; pero esto seguirá siendo imposible realizarlo mientras la organización de la naturaleza humana no se modifique (p. 14). En consecuencia, esta propuesta no deja de traducir cierta ambigüedad que Habermas se propone superar a partir de la redefinición del concepto weberiano de racionalidad, en el marco de otro sistema de referencias (p. 18). Para esta redefinición Habermas establece una distinción fundamental entre *trabajo* (fuerzas productivas) e *interacción* (relaciones de producción). Por un lado, el *trabajo* o "actividad racional con relación a un fin" es entendido como actividad instrumental, elección racional o una combinación de las dos. La actividad racional obedece a *reglas técnicas* que se fundan en un saber empírico y obedecen a presiones condicionales que, a su vez, pueden estar bien fundadas o ser falsas. La elección racional se regula de acuerdo con *estrategias*, que reposan en un saber analítico e implican deducciones (acertadas o no) sobre la base de preferencias (sistema de valores) y máximas generales (p. 21). Ejemplo: la teoría de los juegos.

Por otro lado, la *actividad comunicacional* es entendida como interacción mediatizada por símbolos, que se funda en *normas en vigor* de carácter obligatorio (p. 22). (El problema de la actividad comunicacional es objeto de una atención particular en la segunda parte del libro, donde Habermas se propone dar una respuesta a "la cuestión de saber cómo el poder de disponer técnicamente de las cosas puede ser reintegrado al seno del consenso de los ciudadanos comprometidos en diferentes acciones y negociaciones, p. 93.)

La sustitución de los conceptos *fuerzas productivas* y *relaciones de producción* por *trabajo* e *interacción* responde al propósito de redefinir el concepto weberiano de racionalidad en el marco de otro sistema de referencias. Sin embargo, el razonamiento teórico del que se sirve Habermas para justificar esta sustitución en lugar de representar, como él mismo lo afirma, un avance en relación a Marx (dados los cambios

que se han llevado a cabo en la reproducción de la vida social), constituye un retroceso: implica un retorno al idealismo del joven Hegel (manuscritos de Jena, a los que Habermas dedica algunas observaciones en la última parte de su libro: pp. 163 y ss.).

La redefinición del concepto weberiano de racionalidad conduce a Habermas a explicar el cambio producido en los mecanismos legitimadores de la dominación que, a partir de Weber, se expresan como nuevos criterios de racionalidad con relación a un fin. Las tradiciones encargadas de legitimar la dominación y orientar la acción (mitos, religiones oficiales, ritos tradicionales, metafísicas justificadoras, tradiciones indubitables) perdieron su potencia y validez, a la vez que se transformaron en éticas y creencias subjetivas que aseguran el carácter obligatorio privado de las orientaciones modernas con relación a los valores y, una vez reinterpretadas, se convirtieron en construcciones destinadas a cubrir un doble cometido: criticar la tradición y reorientar los contenidos de esta misma tradición. Así, las legitimaciones que se tornaron frágiles fueron remplazadas por otras que resultaron del dogmatismo de las interpretaciones del mundo legadas y reivindicadas un carácter científico, aunque no por ello dejan de ejercer funciones de legitimación y sustraen las relaciones de violencia existentes, tanto al análisis como a la conciencia potencial de la opinión pública. En estas condiciones, señala Habermas, aparecieron las *ideologías* en el sentido estricto del término, las cuales “remplazan las legitimaciones tradicionales de la dominación, al mismo tiempo que se presentan como partidarias de la ciencia moderna y se justifican en tanto que crítica de la ideología” (p. 34).

Pero, ¿a través de qué o cómo se manifiestan estas ideologías?

La respuesta la da el propio Marcuse: son la ciencia y la técnica las que asumen hoy la función de dar a la dominación sus legitimaciones. Pero es Habermas quien desarrolla esta tesis: los intereses sociales siguen determinando la dirección, las funciones y la rapidez del progreso técnico; sin embargo, esos intereses definen el sistema social como un todo y coinciden con el interés de mantenerlo. Además, dada la forma privada de valorización del capital y dado un sistema que reparte gratificaciones sociales compensadoras —con lo que asegura una cierta lealtad de las masas y las sustrae a la discusión—, el progreso cuasi-autónomo de la ciencia y de la técnica del que efectivamente depende la variable más importante del sistema (el crecimiento económico) se presenta entonces como variable independiente. De esto resulta una perspectiva según la cual la evolución del sistema social parece determinada por la lógica del progreso científico y técnico, cuya dinámica inmanente parece producir sujeciones objetivas, a las que debe conformar una política que responda a necesidades funcionales. Así, una vez efectivamente bien implantada esta ilusión, “la propaganda puede invocar el papel de la ciencia y de la técnica para explicar y legitimar las razones por las que, en las sociedades modernas, un proceso de formación democrática de la voluntad política que concierne a las cuestiones de la práctica ‘debe’, necesariamente, perder toda función y ceder el lugar a las decisiones de naturaleza plebiscitaria, concernientes a las alternativas que introduce tal o cual *personal* al frente del Estado” (p. 45).

Esto entraña una sustracción a las decisiones políticas que Habermas pone particularmente de relieve en la tercera parte de su libro: “En la medida en que no se puede votar sino sobre la manera de elegir a alguien para los puestos de responsabilidades y no sobre los principios generales en los que se inspiraron las futuras decisiones, la elección democrática se lleva a cabo más mediante aclamaciones que a través de discusiones públicas. Aquellos que toman las decisiones a lo sumo se vienen a justificar frente a la opinión pública política; en cuanto a las decisiones mismas, éstas se mantienen por principio sustraídas a la discusión pública, como lo quiere el modelo decisionista” (p. 108). Esta situación, puntualiza Habermas, es el fundamento de la tesis tecnocrática. (Este razonamiento —añadimos nosotros— explica en parte las decisiones adoptadas a menudo por el personal que se halla hoy al frente del Estado en México.) Y en efecto: el lugar ocupado por la ideología del libre cambio es ocupado entonces por un *programa de remplazamiento* orientado no en función de las consecuencias sociales de la institución del mercado, sino de la actividad del Estado tendiente a compensar los disfuncionamientos en la libre circulación de los cambios. Esto entraña, a su vez, la despolitización de una gran masa de la población: la programación de remplazamiento que prevalece actualmente no concierne sino al funcionamiento de un sistema de dirección. Esta programación evacúa los problemas de orden práctico y la discusión que se refiere a la adopción de criterios que no se volverían accesibles más que con la formación democrática de una voluntad política. Así, la solución de los problemas prácticos escapa a la discusión pública, con la que el personal al frente del Estado correría el riesgo de poner en tela de duda las condiciones que definen el sistema en cuyo seno las tareas que incumben a la acción del Estado se presentan como tareas técnicas. Por esta razón la nueva política del intervencionismo estatal exige una despolitización de la gran masa de la población: en la misma medida en que son eliminados los problemas de orden práctico la opinión pública pierde su función política (pp. 41-2).

Si el análisis del papel ideológico que desempeñan hoy la ciencia y la técnica en la moderna sociedad capitalista da respuesta a muchas de las interrogantes planteadas en torno a esta problemática, algunas de las conclusiones del trabajo de Habermas no son, a nuestro juicio, igualmente satisfactorias. Según él, dados los cambios habidos en la reproducción de la vida social, el antagonismo entre las clases ha adquirido un carácter latente y, en consecuencia, la tradicional zona conflictiva se ha desplazado a los lugares donde los estudiantes constituyen el único potencial impugnador que puede, eventualmente, repolitizar una opinión pública que se halla en cierta forma como desecada (pp. 70 y ss.). Escrito al calor de los acontecimientos políticos que cimbraron a Europa entre 1967 y 1970, el trabajo de Habermas conlleva conclusiones que una práctica política subsecuente ha puesto en cuestión no sólo en Europa, sino en todos aquellos países donde las fuerzas productivas “tradicionales” demuestran ser las más capaces para oponerse efectivamente a la dominación de la llamada sociedad tecnocrática.

El aporte fundamental del trabajo de Habermas consiste, por lo tanto, en la crítica de la ilusión objetivista de la cien-

cia y la técnica. Así, este trabajo continúa en buena medida la tarea emprendida por Horkheimer y Adorno, quienes ya en 1947 señalaban que si “el examen y el estudio atento de la tradición científica constituye un momento indispensable para el conocimiento —en especial allí donde los depuradores positivistas la abandonan al olvido como cosa inútil—, por otro lado, en la fase actual de la civilización burguesa ha entrado en crisis no sólo la organización, sino el sentido mismo de la ciencia” (*op. cit.*, p. 7).

Julián Meza

HOCHBERG, J. E. *La percepción*, México, Ed. UTEHA, 1a. edición, 1968, 242 pp.

Julián E. Hochberg, profesor e investigador de la Universidad de Cornell en Nueva York, ha realizado diversos estudios en los campos de la percepción, atención y comunicación no verbal. En su libro, sigue el orden histórico de la investigación experimental acerca de la percepción. Examina el tema como un conjunto de problemas científicos, evaluando los experimentos realizados en términos de su importancia práctica o aportación al conocimiento de la percepción. El texto se desenvuelve progresivamente en torno a la pregunta general, ¿por qué las cosas se ven tal como lo ven? y se basa en la percepción visual dando numerosos ejemplos; introduce los demás sentidos en los capítulos que así lo requieren.

En el primer capítulo sitúa el estudio de la percepción como problema de diversas y pequeñas ciencias, tales como la física, la matemática, la biología, etcétera, pero lo centra primordialmente como estudio de orden psicológico, planteando en qué clases de problemas se estudian los procesos perceptuales; por último da en este capítulo un breve bosquejo del libro.

En el segundo capítulo agrupa y clasifica los sentidos, explicando cómo se miden y los diferentes modos de hacerlo. a) la *psicofísica sensorial*, los principios, métodos, objetivos y medidas, así como la diferencia apenas perceptible D.A.I.; b) el método de observación llamado *introspección analítica*. Explica la teoría estructuralista de las sensaciones elementales como un intento de explicar la percepción de manera simple.

En el capítulo tercero revisa la estructura y función de la vista, analizando la estimulación física tomando como base diversos experimentos.

En el capítulo cuarto, por medio de la teoría estructuralista y de la introspección analítica trata de explicar cómo percibimos el mundo, las figuras bidimensionales, los objetos sólidos, sus cualidades y movimientos, las constancias, ilusiones y aprendizaje perceptual y concluye que a través de todos estos datos sólo podemos saber cómo se perciben los estímulos más simples y no los fenómenos más complejos.

En el capítulo quinto sostiene que existe una relación entre los objetos vistos y las percepciones resaltantes, a la que llama variable de orden superior. Existen tres variables de la figura, forma y especie y a través de ellas trata de resolver los problemas del análisis sensorial para explicar cómo percibimos los fenómenos más complejos. Analiza las le-

yes de la Gestalt o de la organización perceptual para responder a esa interrogante.

En el capítulo sexto revisa la percepción de la gente y los acontecimientos sociales, las relaciones y cualidades personales. Cita ejemplos de este nuevo campo de la psicología, que es de interés general.

Elsa Alanís Cavazos

KEPES, GYORGY. *El lenguaje de la visión*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1969, 302 pp.

Gyorgy Kepes, autor de *El lenguaje de la visión*, es pintor y diseñador de películas cinematográficas, montaje teatral y exposiciones, profesor de diseño visual del Massachusetts Institute of Technology, y autor editor de varias obras.

Los propósitos de este documento son *interpretar* los problemas visuales que se presentan en el campo del diseño y las artes plásticas y *demostrar* cómo la revolución óptica, producida aproximadamente en 1910, moldeó nuestro concepto del espacio y nuestro acercamiento visual a la realidad por la reorganización de nuestros hábitos visuales que nos permiten percibir la estructura, el orden y la conexión de los acontecimientos en la dimensión espacio-tiempo y no tan sólo cosas aisladas en el espacio.

Por medio de fotografías y reproducciones de obras artísticas, Kepes ilustra sus conceptos a lo largo de toda la obra.

En el capítulo “El Lenguaje de la Visión”, explica con claridad cómo la comunicación visual, por medio de sus vehículos (fotografía, cine, televisión y artes plásticas) puede reformar e integrar al ser humano.

En “La Organización Plástica” examina desde el punto de vista perceptual y artístico los elementos de la imagen plástica —líneas, planos, colores, etcétera—, sus leyes y estructura.

En “La Representación Visual” analiza el tamaño, profundidad, perspectiva, espacio, luz, color, superficie, sencillez, precisión, iluminación, textura, movimiento, etcétera, de la imagen plástica, y su relación con los rasgos visibles del medio ambiente. Explica cómo utilizaron los elementos de la imagen plástica los hombres, desde la antigüedad hasta nuestros días, y toma en cuenta las modificaciones propiciadas por los descubrimientos científicos y tecnológicos.

En el último capítulo, “Hacia una Iconografía Dinámica” delimita la tarea del artista contemporáneo: liberar la fuerza dinámica de las imágenes visuales, para que el arte viva unido con los seres humanos.

Elsa Alanís Cavazos

SCHEUING, D. H. *Las ayudas financieras públicas a empresas privadas en el derecho francés y europeo*, París, Berger-Levrault, 1974.

*Las ayudas financieras públicas* por D. H. Scheuing (*Les Aides Financières Publiques Aux entreprises privées en droit français et européen*), texto publicado por la Nueva Admi-